

islas, su castillo de If y sus olas, ya brillantes, ya sombrías, recibe los últimos pensamientos y la última mirada del marino provenzal que se aleja de su patria. Allí es donde él se dirige cuando su buque entra al puerto después de un viaje en los países lejanos del Levante. Tampoco es raro ver á estas gentes subir de rodillas la montaña sobre la cual se levanta esa antigua capilla, para dar gracias á Aquella á quien ellos con una familiaridad completamente italiana llaman *la buena* Madre de la Guarda, por haberlos salvado de los peligros del mar, del viento y de la tempestad. Pero no solo es para los marinos para quienes la Madona de Marsella es buena y caritativa; ella es el ángel tutelar de la ciudad, quien en todas las calamidades se dirige á ella con una piadosa confianza. Cuando el cólera, que assolaba y despoblaba la Francia, aparecía sobre la tierra provenzal, la bella y antigua ciudad de los focios se arrodilló como un solo hombre delante de su amadísima protectora, que no la desamparó. Así Marsella para testificar su reconocimiento acaba de consagrarle una magnífica estatua de plata maciza admirablemente trabajada. ¡Esto es muy bello!

Nuestra Señora de Lavarena, sentada en Córcega ó á la vista de las azules olas del Mediterráneo, manda á los peregrinos, como igualmente á las embarcaciones cuyas velas se escapan en el horizonte, el perfume de sus naranjos como una graciosa revelación de su presencia. Aquel santuario, dedicado á la Natividad de la Virgen, fué oscuro por largo tiempo, y los pescadores de coral, que frecuentaban aquella bella parte de la costa de la isla, venían todos á rogar á allí, cuando hacía la mitad del siglo XVII la Madona corsa hizo milagros cuyo ruido llegó hasta la Italia. La iglesia fué entonces agrandada y enriquecida; un gran concurso de fieles insulares llegaba el día de la fiesta de la patrona descalzos y con un cirio en la mano, cosa que aun se practica con la misma devoción que en otro tiempo. El cuadro que adorna esta capilla, obra de un pintor italiano, representa á María niña aun, á quien santa Ana dejó caer graciosamente un velo diáfano.

ROMERIAS EXTRANJERAS.

EL origen de la célebre romería de Nuestra Señora de las Ermitas, la Loreto de Helvecia, se remonta hasta los tiempos hermosos de Carlomagno. El santo que primero habitó la ermita de Einsiedeln, era un joven señor suevo, nombrado Meinrad, perteneciente á la ilustre familia de los condes de Hohenzollern. Dotado de aquel genio meditabundo que forma el rasgo distintivo del carácter germánico, Meinrad, llegado apenas á la adolescencia, se complacía en internarse en el espesor de los bosques que cubrían entonces su patria, y se entretenía solo con Dios, al ruido de las fuentes murmurantes que corren bajo la sombra de las encinas. La noche le sorprendía de continuo leyendo atentamente la Escritura en un antiguo libro de broches de oro que había heredado de sus padres, ó meditando profundamente sobre los milagros y los beneficios de la Virgen santísima. Su alma se exalta en la soledad, y menospreciando el mundo y sus fútiles bienes, Meinrad hizo sus votos en la abadía de Reichenau, que dejó en seguida para fijarse en una pequeña ermita fabricada sobre la falda del monte Ezel, en donde vivió siete años; pero la fama de sus virtudes bajó hasta el fondo de los valles. Los pastores y los leñadores vinieron á su morada, después los señores y últimamente las damas mas nobles, para pedirle sus consejos y oraciones. Estos homenajes eran un tormento para el joven ermitaño, que no deseaba sino la oración contemplativa y la paz de los bosques; una noche dejó positivamente su ermita, llevándose por toda fortuna la estatua de la Virgen, el solo adorno de su capilla, y se refugió en un bosque del canton de Schowytz, que llevaba el nombre característico de *bosque libre go*.

Treinta y dos años después fué asesinado por dos foragidos, con los cuales habia partido el agua de su manantial y los frutos salvajes de su bosque. Los pájaros del cielo persiguieron á los asesinos, que sufrieron mas tarde el castigo que merecieron su crimen. (1)

Después de la trágica muerte de Meinnad, su celdilla, donde se habian obrado muchos milagros, fué abandonada durante medio siglo. Al fin de este tiempo una pequeña sociedad de ermitaños vino á establecerse bajo la guia de San Bennon, que pertenecia á la casa ducal de Borgoña; de allí el nombre de Nuestra Señora de las Ermitas que recibió de Einsiedeln. San Eberando consagró sus bienes, que eran innumerables, á construir en aquel paraje un monasterio del cual fué él su primer abad.

La capilla de la Virgen tal cual era en el tiempo de san Bennon, fué colocada en la vasta iglesia del convento, en la cual la celdilla de Meinnad formaba el coro. Los franceses destruyeron esta capilla que habia resistido á los atentados furiosos del protestantismo; pero Dios permitió que la estatua milagrosa de la Virgen fuese salvada á tiempo. En el año de 1803 se colocó con mucha solemnidad en la iglesia de Einsiedeln, y en 1817 recobró alguna parte de su antigua magnificencia, gracias al concurso de los mas distinguidos artistas y de las abundantes limosnas de los fieles.

El monasterio de Einsiedeln no se levanta ya bajo un cielo benigno; su campanario cubierto de nieve una gran parte del año, se destaca sobre nublados sombríos, que encierran las grandes heladas. En sus piés se extiende una tierra estéril, donde cosechas miserables sazonan con gran dificultad; allí no se encuentran sino frutos vanos y sin sabor, y los campos no se alegran sino por la linda flor de lila de la manzana de tierra; pero nuestra Señora se complace en manifestar su poder, y el camino pedregoso de la montaña santificada, está regado con la sangre mas noble de Germania; porque mas de un conde del imperio, mas de una noble señora alemana se imponen el deber de subir descalzas á Einsiedeln: en la vieja Alemania aun queda algo del fervor de los valientes de Federico. En cuanto á las poblaciones católicas de la Helvecia, nada iguala á su confian-

za en nuestra señora de las Ermitas, y existen pocas familias aun en los cantones mas lejanos donde se dispensen de esta antigua romería.

“La primera cosa que se sorprende en la bella iglesia de Cinsiedeln, dice un viajero francés que la visitó en 1830, es la capilla milagrosa donde la modesta imágen de la Virgen santísima se halla expuesta. Se decia la misa, y una gran concurrencia de fieles, hombres, mujeres y niños de todo rango y de toda edad, asistian al santo sacrificio aguardando con fervor el momento de la comunión; en otro lado se atropellaban al rededor de los confesonarios, y mas allá, después de haber comulgado, escuchaban en las capillas laterales la misa de accion de gracias. Casi todos los cantones de la Suiza tenian sus representantes en aquel lugar; allí se veian los grandes faldellines de Friburgo, la saya corta de Guggisberg, el talle adornado de cadenas de plata y el boton adornado de encaje negro de las mujeres de Berna, los moños blancos de Schwytz, el collar de terciopelo de Schaffouse y la gorrita del Valois. En un grupo mas lejano y que presenciaba las ceremonias con cierta especie de respeto habria conocido cualquiera las cintas, los chales y la apostura elegante de las mujeres de Francia. Los hombres menos numerosos y vestidos con mas uniformidad, traicionaban igualmente su origen por ciertas diversidades de fisonomía; podíase reconocer entre ellos franceses, alemanes italianos; pero el respeto y el fervor eran iguales en todos.”

En una visita de devocion á la abadía de Cinsiedeln, la reina Hortensia, aquella encantadora y desgraciada princesa que en los días de su esplendor constituia el mas bello adorno de la corte de Napoleon, depositó sobre el altar de la celebre Madona suiza una soberbia rama de *hortensia* con grandes diamantes; aquel *ex-voto* era el de una madre que no tenia sino un solo hijo á quien amar sobre la tierra y que rogaba á la Madre de Cristo para que protegiese y libertase de todo mal á un joven de alma noble y grande que recordaba muy bien que habia nacido al ruido del cañon de Wagran y en medio de las hazañas fabulosas de la época imperial. . . . ¡Ojalá la hija de Josefina, la emperatriz popular, sea escuchada de la Virgen santísima á quien ella imploró tan ardentemente durante su vida, lle-

na toda de nobles! . . . ¡Ojala la Madona de Cinsiedeln pueda inspirar pensamientos de justicia y de grandeza á aquellos que tienen en sus manos la llave del sombrío y triste castillo donde languidece hace tanto tiempo el sobrino de Napoleon! . . . ¡Ojala en un momento feliz quiera hacer recordar que en 1815 el emperador á ruegos de la reina Hortensia permitia á la duquesa de Orleans y á la duquesa de Borbon que se quedasen en Francia, asignando á la primera 40.000 francos de renta y 20.000 á la segunda! . . . ¡Ojalá, en fin, quiera murmurar á los oídos de aquel á quien concierne, que la prision de un príncipe es un mal precedente para otros y que es peligroso dejar á los pueblos ejemplos semejantes!

Se han escrito volúmenes en Suiza sobre los milagros obrados por la Madona de Cinsiedeln; escogeremos entre aquellas narraciones maravillosas una pequeña leyenda fantástica del siglo XVII que hemos encontrado en un libro piadoso y muy raro impreso en Friburgo. Los suizos creían piadosamente en la autenticidad de esta extraña historia; los franceses son libres de no hacerlo.

En una de aquellas inmensas salas de la edad media cuyos muros estaban adornados de pinturas al fresco, del género mas horrible, y al rededor de las cuales se veían esos bancos de piedra que no se encuentran sino en las mansiones feudales de Alemania, estaban sentados á la mesa algunos gentileshombres de la Helvecia que hacían circular el vino del Rin en enormes copas. En lo mas bello del festín tudesco y mientras que un jóven oficial llamado Bertoldo decía las mas grandes locuras, se introdujo un peregrino que marchaba descalzo á Nuestra Señora de las Ermitas, y el que se había visto forzado á pedir la hospitalidad porque la aproximación de la tempestad hacia ya gemir los grandes pinos de un bosque vecino y rugir las ondas del lago que se extendía al pié de la montaña. El señor castellano se levantó de su lugar y condujo cortesmente á su nuevo huésped al lado de una vasta chimenea gótica, donde ardían robles casi enteros. Cumplido aquel deber, volvió á la mesa, y Bertoldo, sin respetar la austeridad del viajero, empezó otra vez las conversaciones insensatas é impías que había interrumpido, arrojando de vez en cuando al peregrino una mirada de sosla-

yo, como para asegurarse del efecto que producían sobre él sus audaces y malas palabras; pero el rostro pálido y enflaquecido del santo hombre conservaba la inmovilidad del mármol. Concluido el festín los convidados pidieron sus caballos para volverse cada uno á su casa: "La noche está sombría, dijo el castellano al jóven descreído, que tenía el honor de pertenecer á su familia tú tienes que pasar un desfiladero frecuentado por los espíritus errantes que durante las tinieblas corren el mundo para hacer mal; temo que te encuentres con algun suceso desgraciado: créeme, quédate.

—Bah, respondió riendo el oficial, que estaba al servicio de la Francia; yo no temo ni á Dios ni al diablo.

—¿Estais bien seguro de ello? preguntóle el peregrino con un tono de sombría chanza que hizo estremecer á todos.

—Tan seguro, honrado peregrino, que brindo á la salud de Lucifer, y le suplico que me sirva de escolta esta noche si por acaso la tiene disponible.

—Bien lo merecieras, respondió el señor de la casa poniéndose pálido.

—Rogüemos por vos á nuestra Señora, dijo el viajero sin volver la cabeza, porque bastante necesidad tendreis de ello.

—Os lo dispeno, respondió Bertoldo haciendo al santo hombre un saludo chocarrero. Algunos momentos después estaba á caballo, y tarareando un estribillo báquico bajaba la pendiente de matorrales que coronaba el castillo.

La luna era adelantada, el silencio profundo y la soledad absoluta. La luna llena y solitaria brillaba á intervalos entre gruesos nubarrones negros, sobre un cielo sin estrellas, mientras que grandes relámpagos surcaban el horizonte. El jóven gentilhomme, ya sea por un motivo ó ya por otro, no contó mas, pero juraba siempre. Llegó en fin al sitio peligroso que le había indicado su pariente, que llevaba el nombre muy conocido en la Helvecia de *Caminio del Diablo*. Era una garganta profunda escavada entre las paredes rojizas de dos montañas; un lugar siniestro donde el colono de los Alpes apenas había osado aventurarse á mediodía. En aquella hora avanzada á la que el silencio, la oscuridad y las supersticiones hacían mas espantoso, el jóven suizo, mas inquieto cada instante, llevaba maquinal-

mente la mano á su espada, y avergonzado después, se reía de su miedo. "Ya he conjurado solemnemente á Lucifer para que me sirviera de porta-antorcha, dijo el descreído, que deseaba dar á su orgullo la satisfacción de una bravata; pero ó el bribon se hace el sordo... ó el infierno está vacío."

El trueno retumbó entonces á lo lejos y un largo relámpago iluminó los bosques y la montaña, dejándole ver dos manos asquerosas posadas sobre la cabeza de su caballo. "¡Ah!" gritó el oficial que sentía ponerse pálido; después recobrando su insolencia, exclamó agitando su espada fieramente: "¡Fueral canalla del infierno, ¡dos miserables *bergmaennlein!* (manos); esto es bueno para un vaquero de los Alpes."

Los *bergmaennlein* desaparecieron, y el galope de dos caballos que descendían con la rapidez del viento la pendiente casi vertical de la montaña, hizo volver á Bertoldo suavemente la cabeza; eran dos caballeros cubiertos de armas negras y montadas en caballos del mismo color; sus ojos brillaban cual carbones encendidos á través de sus mismas caidas; á sus brazos estaba atada por cadenas de acero bruñido el mongenstern de la antigua Alemania y una clava de combate guarnecida de grandes puntas de hierro que aparecían rojas aun de sangre humana, mientras que dos fuegos fatuos jugaban sobre sus cascos á manera de garzotas.

Los sombríos caballeros colocaronse en silencio, al lado del pálido oficial; arancaron las riendas de sus manos temblorosas y los tres caballos partieron con la viveza del relámpago; las montañas desaparecían unas tras otras, chispas de fuego saltaban de los guijarros esparcidos por el camino, y las distancias no se percibían si no se devoraban. Los frágiles puentes de ramas flexibles bajo los cuales rugían espantosas cataratas y en los que no se habría atrevido á sentar el pié el mas atrevido cazador, los salvaban con pasmosa celeridad. Llegaron así á la region de los eternos bienes, y los caballos redoblando su furia se dirigieron hácia un abismo en el fondo del cual el ruido apenas perceptible de un torrente, rodaba en una profundidad vertiginosa. De repente, del fondo de aquellas tinieblas enrojicadas á intervalos por fuegos subterráneos, se levantaban una multitud de voces roncas y ahuecadas: "¡Venganzal ¡venganzal

gritaban, que se nos entregue el seductor, al falso amigo, al duelista!—Os lo traemos ya," respondieron los caballeros agitando sus pesados clavos de combate.

Un sudor helado corría de la frente de Bertoldo, sus cabellos se erizaban de espanto y sus facciones se contraían por estremecimientos de horror, porque en el número de aquellas voces cruzadoras habia acentos muy conocidos, voces que le llegaban á el alma; los remordimientos comenzaban á hablar mas alto que el miedo.

"Venga á nosotros el jugador desenfrenado, el maldiciente, el blasfemo, el perjurol" gritaron las voces del abismo.

Los lúgubres guías de Bertoldo reían bajo las viseras de sus cascos, pero reían con una risa metálica, horrible, que helaba la sangre, al mismo tiempo que respondían á las voces subterráneas: "Os lo traemos, os lo traemos ya!"

"¡Venga á nosotros el impío!",

—¡Hele aquí! gritaron los negros caballeros.

Los tres viajeros llegaban en ese instante al borde de una roca fracturada, bajo la cual se abría el abismo, que reclamaba imperiosamente al gentilhombre de la Helvecia. Un segundo mas y todo habria concluido... Pero he aquí que los dos caballeros en medio de su furioso galope, quedan inmóviles como dos estatuas ecuestres de mármol negro. El murmullo lejano de una campana vino á espirar sobre los peñascos emblaquecidos por la nieve; era el oficio de media noche que tocaban en Nuestra Señora de Einsiedeln. Bertoldo comprendió que la influencia de la Virgen habia paralizado el terrible poder que le arrastraba á los infiernos, y santiguándose á toda prisa, se encomendó ardiente y sinceramente á la Madona protectora, que parecia intervenir entre él y el castigo ejemplar que confesaba contrito haber merecido. La campana cesó y el joven oficial sintió una horrible opresion de corazon al ver á los dos caballeros agitarse violentamente sobre sus corceles negros; pero la voz del arrepentimiento habia penetrado hasta el trono estrellado de María, y las fantasmas después de un rato de pesar y de rabia, se precipitaron al fondo del abismo dejando á Bertoldo sobre el borde. La luna, que se habia desempañado de

las nubes que poco ha habían oscurecido el cielo, brillaban como una lámpara de plata en lo alto de la bóveda del firmamento alumbrando magníficamente el paisaje; el caballero reconocía con viva sorpresa que se hallaba sobre una de las llanuras mas elevadas de Rigi, de la cual pudo apenas descender con mil trabajos. Algunos días después, el jóven señor, con profundo asombro de sus compañeros de placer, marchaba descalzo á Nuestra Señora de las Ermitas, y en satisfaccion de sus orgías hacia el voto de que á excepcion de la agua de los manantiales, ninguna otra bebida pasaria por sus labios.

En un rincon ignorado del canton de Untewald, á orillas de un sendero que cual una larga serpiente ondula entre los fragmentos destruidos con que están cubiertos los flancos de la montaña, en el paraje mas estrecho en donde el viajero contemplando á sus piés los mas profundos precipicios y sobre su cabeza los peñascos mas espantosos se adelanta como entre dos amenazas de muerte, se eleva un profundo oratorio abierto, y adornado de alegres pinturas que representan á la Virgen santísima. Aquella dulce imagen así colocada lejos de toda habitacion y de todo socorro ha recibido, el nombre de Nuestra Señora del Pasajero. Ese lugar, continuamente maldito, se llamaba en tiempos muy remotos el *Coladero del diablo*. Después de haber buscado los medios de hacerle mas seguro, se imaginó fabricar una capilla y colocar una santa imagen, á fin de que cualquiera que fuesen el espanto ó el peligro, ninguna persona se olvidase invocar el nombre del buen Dios y hacer la señal de la cruz. ¿Pero dónde encontrar obreros bastante atrevidos para ir á trabajar allí? Entretanto se presentaron muchos, que después de haber armado su corazon por medio de la piedad y con la asistencia de la santa misa, resolvieron marchar á aquel paraje. Entonces la Madre de Dios, para probar á aquellos obreros piadosos que le era agradable esa resolucion con que luchaban entre los terrores supersticiosos y los peligros reales, "ató los peñascos vacilantes con hilos de la Virgen, asegurados á los tallos de las yerbas y á los muros de las rocas." Desde aquel tiempo, dicen los suizos, de Unterwald, el pasaje es muy seguro y no se encuentran peligros ni de dia ni de noche. Nuestra Señora es tan buena, que protege á todos los viajeros

no solo á los que van á verla, sino tambien á los que pasan sin honrarla.

La romería de María-Zell en Austria no cede en nada en celebridad á Nuestra Señora de Einsiedeln. Su fundador, cuyo nombre se ha perdido, era un religioso de la abadía de San Lamberto que hácia la mitad del siglo XII vino á establecerse en el valle de Affleuz á fin de convertir á la fe algunas poblaciones corintias idólatras aun. Aquel piadoso aleman llevaba con él una pequeña estatua de la Virgen santísima y tallada en madera de tilo, que expuso á la veneracion de los neófitos y que á falta de altar colocó sobre el tronco secular de un árbol caido. Los pastores corintios abrigaron mejor aun á la pequeña Madona, pues la pusieron en una choza semejante á las cabañas de los leñadores, y venian en tropel á esa pobre casilla, donde sus sencillas oraciones eran continuamente escuchadas por la poderosa Virgen.

Tales fueron los humildes principios de esa famosa romería, cuyos peregrinos de hoy son príncipes y emperadores. En 1230 Enrique Margarie de Moravia y su mujer Ana, en reconocimiento de una cura milagrosa obtenida por intercesion de María, hicieron fabricar la capilla de piedra que se ve en medio de la iglesia, y cuyo altar recibió la imagen, que habia quedado hasta entonces sobre el tronco del árbol. Luis I rey de Hungría, después de una victoria inesperada sobre los turcos, hizo fabricar la iglesia que rodea la capilla. Los musulmanes llegaron en 1530 hasta María-Zell; pero en el momento en que su jefe dirigia la punta de su lanza contra la estatua milagrosa de la Virgen, quedó ciego, y sus soldados aterrados de espanto emprendieron la fuga. Los emperadores Matías, Fernando II, Fernando III y Leopoldo I fueron en peregrinacion á María-Zell. María Teresa hizo allí su primera comunión en 1729; el emperador Francisco fué tambien en 1814, y el emperador actual, que no es menos devoto á María que sus grandes abuelos, hizo esta romería con su esposa y una gran parte de su corte. Una ofrenda magnífica de piedras preciosas señaló la munificencia de dos ilustres peregrinos que iban á implorar el apoyo de la reina del cielo para gobernar sabia y paternalmente sus pueblos cual lo hicieron sus gloriosos y católicos predecesores.

A orillas del mar de Iliria y á trescientas cincuenta toesas sobre el nivel del mar, se levanta una montaña que lleva el nombre de *Monte Santo*: sobre la cima de aquella montaña hay un monasterio de franciscanos, al cual se va á reverenciar la imagen milagrosa de Santa María de Castagnizza; el rey Carlos IX, un príncipe benéfico, monarca piadoso, reposa allí bajo la guarda de la ilustre protectora de la Francia; un día quizá, cuando las pasiones tormentosas hayan calmado, se concederán seis piés de tierra francesa al descendiente de San Luis, de Enrique IV y de Luis XIV.

En el palatinado de Kalish, en Polonia, existe una pequeña ciudad sentada sobre una altura en una situación fortísima, donde el viajero que reconocía aquel reino en el año de 1750, no derivaba ya las fortificaciones á la *moderna*. Esta ciudad, que estaba guardada en otro tiempo por compañías de ordenanza, era la de *Czenstochowa*, mucho más célebre aun por su abadía de los *Padres de la Muerte*, ó sea religiosos de la congregación de San Pablo, la cual encerraba una imagen milagrosa de María. Los polacos y los extranjeros corrían á este santuario donde cada peregrino rico dejaba magníficas ofrendas. Además de la imagen de la *Madona*, la cual afirmaban los religiosos que era el verdadero retrato de la Virgen pintada por san Lucas, opinión muy aventurada, exponían á la veneración de los fieles una reliquia de menos autenticidad, la mesa en que acostumbraba comer la santa familia. Centinelas polacos de honor estaban colocados á la puerta del santuario de Nuestra Señora de *Czenstochowa*, como también en diferentes parajes del monasterio, y cada mañana se colocaban flores recién cogidas, á los piés de la Virgen; pero toda la gracia alegre y dulce del culto de María, no podía impedir que se sintiese en aquella santa capilla una especie de terror religioso que helaba la sangre.

Las catacumbas con sus lúgubres decoraciones y osamentas humanas, no eran ni con mucho tan espantosas como aquellos monges parecidos á espectros, que llevaban sobre sus negros vestidos cabezas de muertos con dos huesos en cruz, tales como se les ve en los estandartes mortuorios, (3) y que pintaban calaveras en todos los parajes de su iglesia. Esta devoción á la Virgen de *Czenstochowa*, ha sido trasplantada á Francia

por los polacos de nuestros días. Una piadosa familia de Polonia que habitaba en las cercanías de París, conmovida por un sentimiento parecido á aquel que condujo á la viuda de Hector á dar el nombre famoso de Simois á un oscuro arroyuelo del Epiro, concibió la idea verdaderamente tierna de inaugurar en un viejo roble del bosque de San German la imagen de la *Madona* tutelar de la Polonia. El 13 de agosto de 1840 á presencia de un numeroso concurso de polacos de ambos sexos, un sacerdote polaco también, consagró la imagen santa en el bello árbol que se le había escogido para templo, por falta de oro sin duda para fabricarle uno mejor; entonces arrodillándose toda aquella asamblea sobre la yerba, se puso á rezar con una voz llena de emoción y de lágrimas, las letanías de la Virgen santísima; en seguida se rogó por los muertos, por la patria ausente, y pidieron al cielo días más prósperos, retirándose después de haber fortificado su valor con el sentimiento religioso que hace sobrellevar tantos males.

La Bélgica se ha distinguido siempre por su tierna piedad hacia María. Ella poseía y posee aun numerosas romerías, entre las cuales solo citaremos la de Nuestra Señora de Hall, de quien Justo Lipse, uno de los sabios más distinguidos del siglo XVII, nos ha dejado una interesante descripción.

Nuestra Señora de Hall, situada en una linda ciudad rodeada de un agradable paisaje que riega el Sena, pasa por una iglesia encantadora en esta tierra tan católica desde los antiguos Países Bajos, donde las iglesias son magníficas. La estatua es de madera dorada y está coronada de oro finísimo. La Virgen sostiene en una mano á su divino hijo, y en la otra lleva un lirio, aquella flor encantadora emblema de la castidad, que los habitantes de los Pirineos nombran poéticamente: *Andredana Maria arrosa* (la rosa de la Virgen María). En otro tiempo llevaba sobre el pecho seis gruesas perlas con un bello rubí en el medio. Doce ciudades y villas que habían sentido los efectos de su protección, se habían encargado de sus vestidos. El primer domingo de setiembre, sus diputados en testimonio de su reconocimiento y de su consagración, le llevaban doce vestidos magníficos. En aquel día se hacía una solemne procesión, en la cual los diputados de las doce ciudades paseaban en triunfo á

la Virgen por todo Hall y sus arrabales. El día de Pentecostés los habitantes de Lieja tienen también la costumbre de venir allí en procesion. (4)

Muchos príncipes han contribuido á enriquecer este santuario. Según Justo Lipse, sobre el altar se encuentran los doce apóstoles y á las extremidades dos ángeles con antorchas, siendo todo de plata. Ningun altar ofrecia un número tan grande de lámparas, de cotas de armas, de estandartes, de cruces, de cálices y de tan diversas figuras de oro y plata. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, le había regalado entre otros ricos presentes, una segunda estatua de la Virgen con un soldado y un caballo de plata, uno y otro armados de todas las piezas; Carlos su hijo la regaló un halcón de plata; el emperador Maximiliano enriqueció este santuario con un árbol de oro; Carlos V con una cota de armas; el papa Julio II con una lámpara de plata. En cierto lugar se veían las estatuas del emperador Maximiliano, de Alberto duque de Saxe y arrodillada la de uno de sus cortesanos. Sobre sus cabezas estaban las banderas con las que los vencedores habían prestado homenaje á María; veíase también un *Remontrance* de plata dorada de un peso considerable, dada por Enrique VIII rey de Inglaterra. El mismo Justo Lipse no contento con haber escrito la historia de nuestra Señora de Hall, colgó su pluma de plata delante de la imagen de María.

Después del Santo Sepulcro y de San Pedro de Roma, no existe en toda la cristiandad una romería mas famosa que la de la *Santissima Casa di Loreto*. La santa casa de Nazareth fué venerada por los cristianos desde el tiempo mismo de los apóstoles, y santa Elena la rodeó de un templo que recibió el nombre de Santa María. Bajo la dominacion de los califas árabes, una multitud de peregrinos francos venían á adorar á Dios y honrar á su Madre en aquella sencilla y pobre morada donde Jesús y María habían llevado por tan largo tiempo una vida laboriosa y retirada; pero cuando los turcos seldjucidas hubieron sojuzgado á sus antiguos omos, los peregrinos de Europa que se aventuraron á penetrar en la Siria para visitar á Jerusalem y Nazareth, sufrieron los mas bárbaros tratamientos, cuya narracion inflamando á los corazones del Occidente entero, los precipitó sobre el Asia.

Quando Geofredo de Buillon fué proclamado rey de Jerusalem, Tancredo, cuyas altas hazañas ha cantado el Taso, fué nombrado gobernador de Galilea; aquel príncipe era muy devoto de María, lo probó aun mas con las suntuosas ofrendas con las que enriqueció la iglesia de Nazareth.

Después de la desastrosa expedicion de san Luis, aquel rincón de tierra que se miraba como la cuna del cristianismo, fué defendido palmo á palmo por los bravos caballeros del Temple, que vertían lágrimas de rabia y de sangre á la vista de loss antiguos lugares profanados por los sarracenos.

La Galilea, regada con la sangre de los guerreros latinos, había llegado á ser mahometana. "Dios no quiso, dice el padre Torsellini, (5) que la santa casa de María quedase expuesta á las profanaciones de los bárbaros, y la hizo transportar por los ángeles á Esclavonia y de allí á la Marca de Ancona, en medio de un bosque de laureles que pertenecía á una piadosa y noble viuda llamada *Lauretta*. Corrió el rumor, añade, que á la llegada á la casa santa, los grandes árboles del bosque italiano se inclinaron en señal de respeto, y que habían permanecido de aquella manera, hasta que cayeron abatidos por los vientos, el hacha ó la ancianidad.

La iglesia de *Loreto*, una de las mas bellas de Italia, ha sido adornada á gusto de los papas, que como el resto de los fieles iban allí en romería. Tres puertas de bronce cincelado dan entrada al templo, en el centro del cual se levanta la santa casa con su vestido de mármol blanco bordado de magníficos bajos-relieves, que el Bravante diseñó, habiéndolos ejecutado Sansovino, Sangallo y Bandinelli.

La estatua milagrosa de la Madona tiene treinta y tres pulgadas de altura; está tallada en cedro, cubierta de magníficos vestidos y colocada sobre un altar resplandeciente de piedras preciosas; (6) se asegura que el nicho que ocupa está cubierto de planchas de oro, (7) y un gran número de lámparas de plata maciza arden continuamente delante de ella.

La sala del tesoro no ostenta ya las riquezas que podrian pagar el rescate de la Italia, pero aun en nuestros días ha recibido magníficos donativos de los príncipes y de los papas. Entre aquellos regalos piadosos se nota un viril de oro enriquecido de

diamantes, un cáliz y un incensario ofrecidos á la Madona por el emperador Napoleon, un cáliz de plata dorada adornado de rubies y aguas marinas, ofrecido en 1819 por el príncipe Eugenio Beauharnais; otro cáliz enriquecido de diamantes por la princesa de Baviera, su esposa; una gran cruz de oro y de diamantes, y una corona de amatistas, de rubies y diamantes ofrecidos en 1816 por los reyes de España, cuando su peregrinacion á Loreto; un ramillete de diamantes ofrecido en 1815 por María Luisa, hermana del rey de España, reina de Etruria y duquesa de Luca; un corazon inmenso de oro purísimo con una piedra preciosa en el centro, colgado en una cadena de esmeraldas y de amatistas, don del emperador de Austria á la *Madona*. Seria imposible enumerar las piedras preciosas y los ricos presentes de toda clase ofrecidos por príncipes y reyes bajo el sencillo título de *dono di una pia persona*, en el registro que contiene el nombre de los bienhechores *della Santa Casa*.

Las bellas letanías de Nuestra Señora de Loreto fueron el *ex-voto* con que un célebre compatriota florentino de los primeros años del siglo XVIII pagó un milagro á la Virgen santísima. Aquel compositor, nombrado Barroni como Beethoven, perdió de repente el oído, y después de haber agotado inútilmente los socorros del arte, invocó el de María y partió en peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto. Allí, después de haberla invocado con fe, se vió sano, y en su reconocimiento por la santa *Madona*, improvisó en su alabanza un coro, que bajo el título *Litanie della Santa Casa*, fué ejecutado por primera vez el 15 de agosto de 1737. Esta letanía se cantaba después todos los años en la fiesta de la *Madona*. Pasando Rossini por Nuestra Señora de Loreto, se encantó con aquella cantinela y la *ar-rojó*, dice él, en su *Tancredi*. (8)

Los papas han querido testificar su respeto á María haciendo su milagroso santuario de Loreto el objeto de su devota solicitud. Gregorio XIII fundó un colegio en el recinto de Loreto para los jóvenes ilirios, como para consolar á los dálmatas de la pérdida de la *Madona*, que no se detuvo un momento entre ellos sino para emprender su vuelo á las bellas riberas de la Italia. Sixto V fundó la órden de los caballeros de Loreto, consagrados á defender particularmente el litoral del Mediterráneo ita-

liano contra las correrías de los berberiscos. Benedicto XIV embelleció con una generosidad verdaderamente perseverante este santuario, donde Pio VII después de su cautiverio vino á arrodillarse antes de entrar en Roma, dejando como una señal de su paso un soberbio cáliz de oro con esta inscripcion: "Pio VII, soberano pontífice, libertado el dia de la Anunciacion de la Virgen santísima á su paso de Francia para Roma, ha dejado en Loreto este monumento de su devocion y de su reconocimiento." Su santidad Gregorio XVI hizo igualmente su romería á Loreto.

En España se ha consagrado al culto de María el Monserrate, un monte aislado que se encuentra á diez leguas de Barcelona, y que era, segun el célebre naturalista Humboldt, el grande Atlas de los antiguos, al pié del cual el bello reino de Valencia ostenta las manzanas de oro del jardin de las Hespérides. Aquella montaña, que á su forma extraordinaria debe su nombre de *Monte Serrats* (montaña aserrada), parece compuesta de diversas rocas que la muestran dividida y cubierta de conos espirales ó copas de pinos, dispuestas de tal manera que se cree de lejos como obra de los hombres. A distancia aparece un monton de grutas y de pirámides góticas; de cerca cada cono se ostenta solo como una montaña, y todos estos conos terminadas por peines de pastor, una planta que hace mucho ruido cuando el viento sopla con alguna fuerza sobre ellas, formando toda ella una masa enorme de cerca de cinco leguas de circunferencia. Probablemente debida á esta singular configuracion es que se inventó la fábula de los gigantes que habian hacinado montañas sobre montañas para escalar el cielo.

Sobre una meseta de esta célebre montaña se fabricó el soberbio convento dedicado á la Virgen santísima, y el cual es una de las mas célebres romerías de la cristiandad. Una inscripcion del año 1239, conservada en el convento debajo de un cuadro de la misma época, cuenta de esta manera la fundacion de este bello monasterio: "Bajo el gobierno del conde de Barcelona, Geofredo el Velludo, es decir, en el año 808, tres jóvenes pastores que en una tarde vieron descender del cielo una gran claridad acompañada de una música melodiosa, corrieron á notificarlo á sus padres. El bailló y el obispo de Manresa vinie-

ron con todas aquellas personas al paraje indicado y vieron igualmente la celeste luz; después de haber buscado por algun tiempo, descubrieron la imagen de la Virgen, que quisieron trasportar á Manresa; pero habiendo llegado al lugar donde actualmente se encuentra el monasterio, no pudieron pasar mas adelante. Aquel prodigio movió al conde de Barcelona á fabricar un convento de mujeres, para el cual sacó las monjas de la abadía real de *las Puellas* de Barcelona; la primera abadesa de Nuestra Señora de Monserrate fué su hija Richilda, que tomó posesion hácia el año de 895. Aquella comunidad de religiosas subsistió hasta 976, en que el conde de Barcelona Borrell, con el consentimiento del papa, entregó el monasterio á los benedictinos.

El convento de Monserrate es un grande y noble edificio, situado sobre una meseta muy estrecha y respaldado á la montaña, que lleva el nombre de Meseta de Santa María; encima se adelantan enormes peñascos que parecen siempre próximos á caer, estando defendidos por tejos de la montaña, cual si fuesen fortificaciones naturales, y por la parte que es la única accesible le defienden seis fuertes torres. Además del convento y de la iglesia de Nuestra Señora, el recinto fortificado encierra un hospicio para los viajeros, un hospital y una enfermería. La iglesia de Nuestra Señora de Monserrate no tiene sino una sola nave, lo que no impide que sea muy espaciosa; las sillas de coro son de un trabajo exquisito. La imagen de la Virgen tiene el rostro casi negro como la de Toledo, la de Guadalupe y muchas otras que se veneran en España; está puesta de pié, representada en una edad ya avanzada, y aunque muy morena, su rostro es gracioso; está sentada sobre una silla hecha en forma de trono y tiene en la mano derecha un globo de donde nace un lirio, mientras que sostiene con la otra al niño Jesús sentado sobre sus rodillas, bendiciendo con su mano derecha y sosteniendo con la otra un mundo superado de una cruz.

Los habitantes de la montaña están divididos en cuatro clases, á saber, los monges, los ermitaños, los niños de coro y los legos, que se suceden sin interrupcion en sus oraciones. La disposicion de los lugares es tal, que desde muchas ermitas se oye el canto del monasterio, y el sonido de las campanas de diferen-

tes ermitas, repetido por los ecos, se corresponde en los recodos de las fragosidades de la montaña. Desde lo mas elevado de las alturas de Monserrate se descubren los reinos de Valencia y de Murcia y hasta las islas Baleares formando así el mas bello panorama del mundo.

Los príncipes y los reyes de España ascendian continuamente á pié el sendero montuoso que conduce al altar de María, y un sin número de cautivos venian á depositar las cadenas que habian llevado entre los moros. San Ignacio de Loyola antes de consagrar su vida á la religion, fué allí á *velar las armas*, siguiendo el uso y costumbres de la antigua caballería, de cuyas reglas tenia llena la cabeza; después de haber orado toda la noche y después tambien de haberse consagrado solemnemente á la Virgen en calidad de su caballero, segun las ideas de guerra que aun bullian en su espíritu y bajo cuya impresion, dice el padre Bouhours, su historiador, conocia las cosas de Dios, colgó su espada en una columna cercana al altar, como una señal de que renunciaba á la milicia del siglo, y después de haber comulgado de madrugada, partió de Monserrate.

Nuestra Señora del Pilar, en Zaragoza, es una de las romerías mas antiguas y magníficas de España. El rey Fernando poco antes de su muerte, fué allí con la reina Cristina, y todos después de haber orado muy devotamente delante de la imagen venerada de la Virgen de Zaragoza, cual verdaderos reyes católicos, le dejaron al partir dos pruebas de su munificencia.

La catedral, dedicada á María, es una gran planta de quinientos piés de largo con tres espaciosas naves y una infinidad de capillas. Los viajeros modernos celebran mucho esas capillas de mármol y de jaspero, á cuyos muros estaban suspendidos *ex-votos* de oro, de plata y de piedras preciosas; sus lámparas de plata proyectaban sobre los muros tapizados de brillantes objetos, una claridad tan deslumbrante, que resultaba al rededor de la estatua, resplandeciente tambien con millares de piedras riquísimas una especie de vértigo de óptica, que la hacía desaparecer completamente en medio de aquella extraña impresion producida por las luces, el brillo del oro y el fuego que brotaban los rubíes y diamantes. El aderezo de la Virgen coloca-

do sobre una columna de jaspe que podría tener tres pies de alto, estaba avaluado entonces en muchos millones.

Una romería muy célebre todavía en España es la de *Nuestra Señora de Guadalupe*. El padre Mariana asegura que esta imagen, que tenía gran fama desde el siglo IV, fué enviada por el papa Gregorio el grande á San Leandro, obispo de Sevilla. En 1340, el rey D. Alfonso dotó aquel santuario que reunia á su dominio privado. Cuarenta y nueve años después D. Juan I lo dió á los monges gerónimos, añadiendo el señorío de una gran villa que se formó mas tarde. El convento que tomó el nombre de Santa María, está situado en el centro de la ciudad actual, y como los tiempos eran poco seguros aun en la época en que fué fundado, tiene mas bien el aire de una soberbia ciudadela que de un monasterio pacífico. En ella hay un hospital para los pobres enfermos, un hospicio para los extranjeros, dos colegios y dos bellos claustros.

Juan Alfonso, célebre arquitecto español, comenzó en 1839 la iglesia, que tiene tres naves, y cuyas paredes están adornadas con magníficos *ex-voto*, comprobando, dicen los españoles, mas de tres mil milagros auténticos de la Virgen santísima. La imagen de María está sobre el altar mayor, el cual no ha muchos años que alumbraban mas de cien lámparas de plata maciza; está vestida de blanco y lleva en sus brazos al Niño divino. La reina doña María, mujer de don Juan II, su hijo don Enrique y algunos otros príncipes, escogieron su sepultura en aquella iglesia, que enriquecieron con magníficos cuadros de Zurbarán y de Jordan.

El culto de nuestra Señora de Guadalupe salvó el Océano, y por medio de milagros se estableció en Méjico, país enteramente consagrado á la Madre de Dios. Una relacion impresa en Roma en 1786, cuenta que un indio convertido, que por oír misa en honor de la Virgen iba todos los sábados á Méjico, distante ocho millas de su aldea, tuvo una milagrosa aparición sobre una colina que gozaba en otro tiempo de gran celebridad entre los mejicanos idólatras, quienes le daban el nombre de *Tepijacac*, y la habían consagrado á *Tanantim*, la madre de los dioses. Un sábado, el 9 de diciembre de 1531, pasando el dichoso Diego al pie de aquella colina, oyó una dulce

armonía, que tomó por el momento por el canto de los pájaros, pero que después de haberla escuchado mas atentamente, se vió obligado á atribuirla á los ángeles. Sobre el *Tepijacac* se posaba una nube radiosa, de donde se destacaban los mas espléndidos colores, al mismo tiempo que saliendo una dulce voz, llamó por su nombre al piadoso mejicano. Completamente asombrado y no pudiendo darse cuenta de una aventura tan maravillosa, Diego trepó la colina, en la cima de la cual encontró á una mujer de la mas majestuosa belleza: sus blancos vestidos arrojaban oleadas de luz que reflejándose en los peñascos de alrededor, parecían transformados en monstruosos diamantes. La Virgen santísima, porque era ella, dijo á Diego que deseaba que se le erigiese un templo sobre aquella colina, bajo el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe, y añadió que se lo informase así á Juan de Zumárraga, que era entonces el obispo de Méjico. El prelado escuchó en silencio esta narracion y mandó retirarse al mejicano, diciéndole que él necesitaba una garantía positiva de la veracidad de sus palabras y una señal mas segura de la voluntad del cielo. Instruida la Virgen por su enviado de la inutilidad de su embajada, le ordenó que subiese á lo mas alto de la colina y que recogiese un ramillete de flores. No era la estacion de las flores, y además la cima de aquel peñasco no habia producido nunca sino cardos y espinas; pero Diego no por eso dejó de obedecer sin replicar, y su fe fué recompensada, porque al instante se encontró entre las flores mas perfumadas y mas hermosas, é hizo un ramillete que María le ordenó que fuese á presentar al obispo; "él creará esta vez," dijo la Virgen sonriéndose.

Diego volvió al palacio episcopal, donde el magnífico olor que exhalaban las flores que traía ocultas bajo su manto, atrajo la atención de los familiares del obispo, quienes obligaron á Diego á que se las dejase ver, queriendo tocarlas al mismo tiempo; pero ¡oh sorpresa! las flores se habian impreso sobre la tela, y no eran ya sino rosas y lirios pintados! El obispo apareció, y Diego abriendo los pliegues de su vestido, perfumado de un olor celestial, encontró con profunda sorpresa que las flores arreglándose entre sí formaban una deliciosa imagen de María. El prelado después de haberse arrodillado, desprendió el manto de

encima de los hombros del mejicano y lo colocó en su capilla, aguardando que se le erigiese otro santuario, el mismo que se apresuró á fabricar en el lugar designado por la Virgen santísima. Concluido el edificio, se trasportó á la imagen, que hizo desde entonces infinitos milagros, llegando á ser la mas célebre Madona de la América.

No pudiendo contener este nuevo santuario la muchedumbre que corria á él de todas partes, se pensó en fabricar otro hácia el año de 1695. El arzobispo de Méjico Francisco de Aguiar y Seixas colocó la primera piedra, siendo esta la espléndida iglesia que se admira hoy dia y en la que se gastaron 2.270.000 libras. El primero de mayo de 1709 se trasportó la santa imagen á este lugar, colocándola sobre un trono de plata valuado en 100.000 pesos.

Multiplicándose las ofrendas de dia en dia, se han construido ricos altares de bellos mármoles, y se ha enriquecido el tesoro con muchos vasos preciosos. Sola la gran lámpara de plata sobredorada pesa mas de seiscientos marcos, y el trabajo sobrepuja á la materia. Al rededor del santuario se extiende una gran balaustrada de plata que se prolonga hasta el coro, que segun la costumbre española, ocupa el fondo de la iglesia. Esta primera balaustrada está seguida de una segunda de madera preciosa adornada con un número infinito de figurillas de plata de un trabajo exquisito. Un virey de Méjico, don Antonio María Bucareli, rodeó la imagen de una corona de oro macizo, enriqueció el altar con doce candelabros de oro tambien, y en 1749 se fundó un cabildo para servir el santuario. Méjico se consagró solemnemente á nuestra Señora de Guadalupe, y el 12 de diciembre se instituyó en fiesta de guarda, bajo el rito de primera clase, con una octava privilegiada. Benedicto XIV extendió esta fiesta á todos los Estados del rey católico, y una ciudad se levantó al rededor de aquel santuario. Guadalupe es para la América lo que el Loreto para la Europa. La imagen representa una Concepcion immaculada con esta inscripcion: *Non fecit taliter omni nationi.* (3)

Nuestra Señora de Lampadouze, colocada sobre un islote desierto cual un faro entre Malta y Africa, pero cuya lámpara, alimentada por turno, ya por los cristianos, ya por los musul-

manes, quedó perpetuamente encendida durante muchos siglos. Nuestra Señora de Monte Nero que domina Liorna, cuya iglesia, frecuentada por una muchedumbre inmensa de peregrinos y llena con *ex-votos*, se levanta sobre aquella mar de Toscana á donde en las vigiliias de la Virgen las jóvenes italianas van á arrojar las coronas de flores que en otro tiempo ofrecian á las ninfas y á Anftrite; Nuestra Señora de la Misericordia cerca de Savona, en el valle de San Bernardo, el mas bello santuario erigido en honor de María que la piedad del pueblo genovés ha construido jamás en su litoral; Nuestra Señora de la Consolacion en Turin, del Encanto en Moriena, de los Abismos cerca de Chambery; de Passaw, donde los sacerdotes franceses hostigados por las bayonetas revolucionarias, iban á orar para poder volver otra vez á su querida patria, llorando los hermosos rios de la Francia al borde del majestuoso Danubio, el rey de los rios germánicos.

En cuanto á los demás santuarios de María esparcidos por todo el mundo, nos remitimos al Calendario histórico que va á continuacion. Este Calendario, publicado en la menoría de Luis XIV, comprende todas las peregrinaciones de la Virgen en toda la cristiandad y una multitud de fundaciones piosas que le hacen en extremo interesante; es, por otra parte, una obra muy rara que difícilmente se hallará en ninguna librería. Infútil es decir que gran número de los edificios consagrados á la Madre de Dios que entonces florecian, no son hoy dia mas que un monton de ruinas; no en vano han pasado los tiempos y las revoluciones. Este Calendario, que completa nuestro trabajo sobre las peregrinaciones, lo insertamos sin otra garantía que la de las autoridades que el mismo autor refiere con sus fechas y sus milagros, tal cual existe hace ya siglos.

FIN DE LA OBRA.